

## 25. El Boletín

Ramón leía, como todos los días, el Boletín Oficial del Estado para luego hacer un breve resumen a don Jorge, el gobernador militar.

—¡Vamos, vamos Ramón! ¡Sea usted breve, coño, que no tengo todo el día! —le repetía cada mañana. Era el peor momento de su jornada laboral: leer y resumir los farragosos boletines. Desde los nuevos nombramientos, pasando por los concursos y adjudicaciones, y hasta los planteamientos ideológicos que conformaban la nueva España... Aunque la relación entre jefe y subordinado era muy buena, Ramón no se libraba de la bronca diaria, una vez por exceso y otra por defecto, a cuenta del dichoso boletín que ambos odiaban.

—Pero, hombre, cómo no me dijo usted ayer que han ascendido a don Facundo Herrero, mi buen amigo. Tengo que enterarme yo por fuera. ¡Joder! —Lo habían citado entre otros doscientos en la página dieciocho del BOE.

Solía poner una regla de madera para seguir cada línea del boletín, sin saltarse una, y subrayar lo que destacara. De pronto se detuvo, volvió a leer y su cara palideció. El Plan para la Formación del Nuevo Estado consideraba *no aptos para asumir el cuidado y la educación de sus hijos, a las mujeres presas por sus ideas políticas...* Siendo el objetivo de su situación carcelaria lograr su regeneración física y moral para devolverla a la sociedad sana de cuerpo

*y espíritu y que pueda llenar su sagrado cometido: la maternidad.*

Él, que conocía como nadie el sistema y la situación de la Cárcel Nacional de Mujeres de Saturráran, entendió de inmediato lo que el boletín ordenaba: la separación de los hijos de la reclusas para el cumplimiento de la máxima de evitar la contaminación ideológica a los hijos de madres enfermas de comunismo y afines. Lo temía hacía tiempo por los comentarios despectivos que había escuchado al delegado de la Falange en sus visitas al gobernador.

—Pero, hombre, Ramón, está usted blanco, coño. ¿Qué le pasa?

—No me encuentro bien, don Jorge. Ya se me pasará.

—¡Está usted como para ir a primera línea! ¡Vaya por Dios! Ande, ande, váyase a casa. Y tómese un par de coñacs, hombre —añadió cuando ya se iba.

Demudado fue a casa de Mentxu. En el camino había calculado que como máximo en una semana se pondría en marcha el sistema para separar a los niños de las madres presas, todo sea por el bien de los niños; se trataba de evitar el contagio de la enfermedad mental de la ideología de izquierdas, no era un secuestro, era un tratamiento. Seguro que el Auxilio Social de la Falange estaba detrás de este nuevo movimiento, pensó.

Mentxu no dijo nada, se quedó largo rato sentada en la cocina apoyando los codos en la mesa, muda e inexpresiva. Su madre, desorientada, andaba sin parar por el pasillo repitiendo: *Si es la voluntad de Dios...* Hasta que cogió el misal y salió. Su hija no hizo nada por retenerla.

Ramón había recuperado el color y ahora hablaba sin parar buscando soluciones: desde una familia

bondadosa que se prestara a adoptar a Lucas, una confesión escrita de los pecados de Amalia y suficientemente delatora como para liberarla, y, hasta en un alarde de fanatismo, secuestrar a los dos.

—¡Eso, eso! —gritó Mentxu.

—Pero qué... ¿Adoptar o confesar?

—Eso no te garantiza nada. ¡Secuestrar! —Se puso de pie, como un resorte, para confirmar su decisión. ¿No estaban en guerra? Pues así lo harían.

El teniente volvió a las nubes por segunda vez en el mismo día. ¡Cómo era posible que él, un militar, secretario personal del Gobernador, se viera involucrado en un secuestro de una presa y de su hijo! Primero fue el estraperlo y ahora esto, no tardaría en ir al paredón. Perdió otra vez el sano color aragonés.

Mentxu, cuyos ojos se habían iluminado de golpe, se volvió hacia él y le dijo:

—Cariño, sé lo que estás pensando. Todavía estás a tiempo. No me has dicho nada, no has oído nada. Olvídalo. Lo entenderé, por supuesto. Ya has hecho más que suficiente avisándome. No es necesario que tú te inmoles. Se jugaba mucho en esa decisión, lo sabía. Contó hasta diez, como le había enseñado su padre, miró a Mentxu a los ojos y, tras unos segundos, le iba a contestar cuando ella le tapó la boca y dijo—: Ramón, nunca admitiría que te jugaras la vida por alguien a quien ni siquiera conoces. Ya me has ayudado muchísimo y te quiero también por ello. Yo volveré para quedarme contigo, prometido, amor. —Era la primera vez que le decía amor, pero la guerra precipitaba emociones.

—De todas maneras te acompañaré hasta donde pueda —añadió él con voz templada en prueba de conformidad. Tenía razón.

Ella no lo necesitaba, sabía cuál era la llave. La solución pasaría por Antxon, con quien siempre podría contar. No se lo ocultó a Ramón, una cosa eran los celos y otra el secuestro, la ayuda de su ex, cuyo potencial personal y económico, que ya conocía, podría ser vital.

Fueron a Telefónica y pusieron una conferencia con Burdeos. Tenía una demora de tres horas. Tuvieron que poner otra y otra, hasta que Mentxu contactó con Antxon.

—Necesito hablar contigo. Es urgente. —Fue muy escueta teniendo en cuenta que las operadoras escuchaban las conversaciones.

—Espera en tu casa —contestó y colgó. Ellos no sabían que un día antes él estuvo en Hendaya.

A la mañana siguiente un reluciente Delage negro paró en la puerta de Mentxu, tocó tan solo una vez el claxon, ella bajó enseguida y subió al coche. Llevaba un sencillo vestido de flores azul claro, un discreto sombrero y tacón bajo, olvidó pintarse.

Paco, elegante como siempre, impecable con traje gris oscuro, relucientes zapatos negros, pañuelo de seda en el bolsillo superior izquierdo, corbata color burdeos y camisa blanca con gemelos de oro y peinado hacia atrás con gomina, conducía relajado y charlaba de banalidades; ni una sola vez hizo referencia a Amalia y a Lucas, ni habló de Saturrarán. Ella, al cabo de media hora de camino, empezaba a pensar que había subido a un coche equivocado. Inconscientemente se bajó un poco las faldas.

Seguían el río Bidasoa, paralelo a la frontera con Francia. Al llegar a Vera el coche giró hacia la izquierda, su largo morro parecía que viraba antes que el coche. Unos kilómetros más adelante apareció entre la niebla la frontera francesa de Ibardín.

Mentxu recordó que ni tan siquiera llevaba encima sus papeles de identidad, claro que ni tenía pasaporte, pensó que en el bolso solo estaba su cartilla de racionamiento. Paco disminuyó un poco la marcha pero no paró ni a un lado ni a otro de la frontera, los policías y los gendarmes hicieron solo una mueca de agacharse para ver el interior del coche después de levantar con la mano las dos barreras.

Se detuvieron junto a la carretera, cerca de unos edificios aislados y esperaron, Paco fumó un Cravent A sin tragar el humo. Un polvoriento Citroën once ligero con matrícula francesa aparcó frente a ellos. Antxon cerró la portezuela de un golpe seco y sonriendo fue hacia ellos, había engordado un poco y vestía afrancesado, pantalón ancho, jersey a rombos y pañuelo de seda al cuello. El abrazo a Mentxu se prolongó, ella notó su fuerza y se alborotó.

Había un almacén donde vendían tabaco, licores, café, cuerdas, cencerros, cestas, rastrillos, sillas de montar, alambre de espinos, zapatos de agua, semillas, delantales, botas de vino..., al fondo había varias mesas, solo servían embutidos, queso, pan y porrónes de vino. Se sentaron en la esquina más alejada, pegados a la ventana manchada.

—Le pedí a Paco su apoyo. Es mi amigo y quizás la única persona que pueda ayudarnos, sea cual fuera el problema —aclaró Antxon y el aludido asintió sin intervenir.

Mentxu no escatimó detalles para relatar el calvario de su hermana y sobrino en la cárcel de mujeres y tampoco escondió, por relevante, la fuente que le informó del posible e inminente secuestro infantil en Saturrarán. Vomitó, a veces con voz entrecortada, sus pésimos temores y sugirió que la situación podría empeorar por momentos.

—¿Has traído lo que te dije? —preguntó Paco.

—Sí claro, aquí lo tengo casi todo. —Se palpó el bolsillo.

—Yo también puedo aportar si fuera necesario; ya me lo devolveréis.

Ella no entendía aquel lenguaje.

—Hoy en España se puede comprar y vender todo, desde un avión a un botijo, pasando por collares, plumas, caballos y vestidos de seda; lo más corriente es la vida —apuntaló Paco y se hizo un largo silencio. No estuvo oportuno—. Perdón —quiso aclarar—. ¿Sabéis que a diario mueren miles de personas, unas en el frente otras en la retaguardia? Esta es la puta verdad, hay más muertos que cualquier otra mercancía. —No pretendía banalizar la vida pero la realidad era esa.

—¿Qué podemos hacer? —zanjó Mentxu con autoridad.

—Hombre, hay una Asociación de Ayuda a Huérfanos de la Guerra con la que trato a menudo en mis transacciones. Supongo que si les ayudas a alimentar a cien huérfanos de los suyos no tendrán inconveniente en salvar a un republicano, así de claro —dijo socarrón Paco.

—Y eso, ¿cuánto puede ser? —preguntó Mentxu.

—Lasai.<sup>43</sup> Déjanos a nosotros —cortó Antxon.

—Que quede claro que deben ser los dos, madre e hijo y, además, puede ser cuestión de un par de días u horas —aclaró la angustiada hermana.

—Por supuesto. Dejadme hacer y estad pendientes. Os contactaré enseguida —así levantó Paco la reunión clandestina, presuroso por iniciar sus gestiones.

---

43 Tranquila.